

CELOS DEL SEÑOR SAN JOSÉ¹

Hay entre multitud de personas una creencia tan errónea acerca del señor san José en el tiempo en que advirtió en su castísima Esposa consumando el misterio sublime de la Encarnación del Hijo de Dios, como igualmente injuriosa a la santidad de ambos personajes y a la perfecta caridad que los animaba.

Ya que nos ocupamos, por dicha nuestra, de extender, cuanto nuestras fuerzas nos permiten, la devoción hacia el castísimo Patriarca, queremos también trabajar por deshacer aquella creencia y fijar el espíritu de nuestros lectores en los piadosos sentimientos que deben tener acerca de la conducta del santo Esposo de María en aquella circunstancia.

No, el señor san José *no tuvo ni pudo tener celos* de la santísima Virgen María: no se vio su casto y puro corazón amargado ni mancillado por esa pasión baja que las gentes llaman *celos*, y que solo es propia de almas más o menos pervertidas por el vicio.

He aquí lo que, tratando de tal acontecimiento, dijimos en la obrita *¿Quién es José?*

“A los tres meses que el señor san José hubo celebrado el matrimonio con la santísima Virgen María, se verificó la Encarnación del Hijo de Dios; y movida María por el Verbo Encarnado, pasó a visitar a Juan. José, como al desposarse sabía cuáles debieran ser sus relaciones con su Esposa, cumplió exactísimamente con todas ellas: fue siempre su custodio fidelísimo; el testigo ocular de su incomparable pureza; con Ella vivió los tres meses antes de la verificación del gran Misterio; con Ella partió a la casa de Zacarías para que visitara a su prima santa Isabel; con Ella volvió después a la casa de santa Ana en Nazaret; y halló que estaba en cinta por obra del Espíritu Santo.

¿Y qué hizo entonces? Entonces vio realizado que Ella era la Virgen integérrima proclamada por Isaías, y el su venturoso varón. ¿Y qué hizo entonces?

“Algunos autores, siguiendo demasiado literalmente algunas palabras del Evangelio, dicen lo que la caridad no permite, y parece que se complacen en presentarnos el corazón de José lleno de celos y sumido en el abismo de la sospecha, y aun nos presentan a la santísima Virgen penetrando el corazón de José, y viendo Ella que su castísimo Esposo sospechaba de su fidelidad. A la verdad, no sabemos a que atribuir semejante modo de proceder. No, semejantes cosas no las dice el Evangelio, y si el no las dice, ¿por qué las hemos de decir nosotros?.

No, no podemos decirlas, porque a nosotros nos parece, que afirmar semejante cosa, es despojar a José de sus admirables virtudes, es presentarlo como uno de tantos, es olvidarse de su vocación tan única como sublime, es, en una palabra, ver en el señor san José, no al Esposo de santa María Virgen y al padre nutricio de Jesucristo, sino a uno de tantos maridos....Por tanto, lejos, lejos de nosotros semejante modo de hablar del señor san José.

¹ Artículo en *El Propagador* 3(1873)p. 303-305.

“Al contrario, siendo el Señor san José el dotado con la vocación mas privilegiada; siendo santificado en el vientre de su madre en el instante primero después de su animación; siendo él todo lleno de gracias y el que tuvo consigo al Señor, y siendo además el bendito entre los hombres, como su Esposa es la bendita entre todas las mujeres, es evidente que san José sabia su vocación con sus principales pormenores, y sabia por tanto, que era el feliz Esposo de la Virgen de Isaías; por consiguiente, no pudo tener celos de la santísima Virgen ni pudo sospechar de ella. Este pensamiento, que es de Orígenes, de san Bernardo y de otros padres de la Iglesia, nos lo enseña santa Brígida en una de sus revelaciones, haciendo decir a la Virgen estas textuales palabras: *Cuando José vio en mi la operación del Espíritu Santo, se reputó por indigno de vivir en mi compañía y entro en una grande ansiedad, porque no sabia qué hacerse.* Con qué claridad observamos que el señor san José vio el embarazo de María, y que conoció que era efecto de la operación milagrosa del Espíritu santo. José quiso dar cuenta del milagro, para que los magistrados y el pueblo judío obrasen y estuviesen de este modo preparados para recibir al Mesías prometido, y quiso al propio tiempo ausentarse, por ceerse indigno de vivir con aquella que iba a dar al mundo su Redentor. En estos pensamientos, el ángel le dijo en sueños: “No te separes de la Virgen que se te ha confiado, porque lo que piensas de ella es la soberana verdad... Ella ha concebido el Espíritu Santo; dará a luz al Salvador del género humano; sívela, pues, fielmente; se su guarda y el testimonio auténtico y ocular de su pudor virginal.” Así obró después, conforme a las palabras del ángel; jamás salió de su boca una expresión que no fuese perfectísima, ni una obra que fuese poco digna de la presencia de la Madre de Dios, y fue siempre paciente en la pobreza, cuidadoso y activo en el trabajo, completamente despegado de todo lo de la tierra, dado absolutamente a las cosas del cielo; y el mismo Jesús lo obedecía, ocultando de tal suerte su divinidad, que solo José y María la veían. Tal fue la conducta de José al ver que su Esposa estaba en cinta; conducta de aquel que era el bendito entre los hombres como su Esposa entre todas las mujeres.